

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Los barrios montoneros: Una aproximación a las unidades básicas y la militancia de la Juventud Peronista articulada con Montoneros en la ciudad de La Plata (1972/74).

Robles, Horacio B.

Cita:

Robles, Horacio B. (2009). *Los barrios montoneros: Una aproximación a las unidades básicas y la militancia de la Juventud Peronista articulada con Montoneros en la ciudad de La Plata (1972/74)*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1040>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los barrios montoneros: Una aproximación a las unidades básicas y la militancia de la Juventud Peronista articulada con Montoneros en la ciudad de La Plata. (1972/74)

Horacio B. Robles

I Introducción

El presente trabajo es parte de un proyecto mayor que busca indagar los procesos de radicalización política, en particular los orientados a la instauración del socialismo mediante la lucha armada, y su llegada a los sectores populares¹, durante los años '70 en la Argentina. El estudio está focalizado en la Juventud Peronista (JP) de la ciudad de La Plata y su articulación con Montoneros, durante el período que se extendió desde mediados del '72 hasta principios del '75. En esos años tomó forma un importante sistema de “unidades básicas” (UB) en los barrios de la periferia platense; centro de la investigación.

Como parte de nuestra estrategia, en trabajos anteriores, indagamos sobre el origen, influencias y renovación de la JP platense abarcando una etapa amplia; desde su creación en 1957 hasta fines del '72, momento de su articulación con la organización Montoneros. Este recorrido histórico, tuvo como objetivo, dar con los rasgos básicos que permiten entender la penetración que tuvo, aunque breve en el tiempo, el programa barrial del peronismo montonero. Comprobamos, que los jóvenes peronistas fundadores, casi en su totalidad trabajadores, se constituyeron en contra de la proscripción, la represión y las “traiciones” posteriores al golpe del '55. Con apoyo sindical, extendieron sus actividades en redes familiares y en los barrios, operando en las calles con grupos de la resistencia locales, adquiriendo entrenamiento en el uso de armas y prácticas clandestinas básicas.

Hacia principio de los '60, algunos de sus más importantes dirigentes, recibieron variadas influencias de ambientes no peronistas de izquierda a través de los intercambios en las cárceles y los viajes a Cuba. Paralelamente, con la creación en 1964 del Movimiento Peronista Revolucionario (MPR), la JP platense, comenzó a debatir las

¹ El concepto de sectores populares resulta más apropiado para el tipo de indagación que me propongo. Por tratarse de una investigación centrada en el ámbito barrial, excede, en parte, el marco que la noción de clases trabajadoras supone. Intentamos, no obstante, asociar la noción gramsciana de clases subalternas; término genérico que abarca al proletariado industrial, el género, la etnia, la edad, la orientación sexual y la cultura, es decir, todo lo comprendido dentro de las relaciones de dominación. (Moraña, 1998) (Hoggart, Richard, 90), (Williams, Raymond, 80) (Hall, 1984).

distintas formas de lucha armada. En 1966, al constituirse la Federación Universitaria para la Revolución Nacional (FURN), la agrupación universitaria local identificada con el “pensamiento nacional” y el peronismo, se produjo una “refundación”, con la incorporación del activismo estudiantil. Los jóvenes hicieron sus primeros congresos adoptando el “programa obrero” de La Falda y Huerta Grande vinculándose a la CGT de los Argentinos y enfrentándose a la “burocracia sindical y partidaria”. Fue en ese momento que se fijó con más claridad una estrategia tendiente a la conformación de una base de poder y reclutamiento localizada en los barrios. Inspirada por las rebeliones populares de fines de los '60 e impulsada por elemento estudiantil, que buscaba poner a prueba su fibra militante, prosperaría durante el período marcado por la vuelta de Perón y la apertura electoral.

Precisamente entre mediados de 1970 y fines de 1972, o dicho en acontecimientos, entre el “aramburazo”, la apertura electoral y la “primera vuelta” de Perón, la JP avanzó en dos planos. Primero, en la participación política partidaria, sobre todo a través de su protagonismo en las grandes movilizaciones del “Luche y Vuelve”. Segundo en la fuerte reivindicación de las organizaciones armadas identificadas con el peronismo, articulándose con Montoneros² y constituyendo las primeras UB.

Así entre 1972/74 la JP/M construyó en los barrios de las afueras del casco urbano de la ciudad de La Plata un sistema de aproximadamente treinta y dos UB. Un elemento que las identificaba fueron los nombres que adaptaron; todos referidos a “combatientes” caídos o hechos que la militancia montonera hacia corresponder con la “lucha revolucionaria”. Una manera posible de ensayar una localización de esta estructura, es a través del cruce entre secciones electorales y delegaciones municipales. Las secciones electorales eran nueve en el partido de La Plata³; las localizadas en el casco urbano no fueron incorporadas a la estrategia barrial. Las secciones que concitaron y concentraron la acción juvenil fueron la quinta, la sexta y la séptima.

Por otro lado, en ese momento, las delegaciones eran siete. Hacia el sudeste del Casco Urbano: Villa Elvira, Melchor Romero y Los Hornos; y hacia el noroeste; Tolosa, Gonnet, City Bell y Villa Elisa.⁴ Cruzando ambas informaciones concluimos: la quinta sección abarcaba la totalidad de Villa Elvira y casi todo Los Hornos; la sexta, comprendía la totalidad de Tolosa, Gonnet, City Bell y Villa Elisa y parte de Los

² A partir de esa fecha denominamos al grupo juvenil platense como JP/M.

³ Guía Electoral de La provincia de Buenos. Juzgado Federal Nro. 1, La Plata. 1983

⁴ Informe Estadístico de la Municipalidad de La Plata, 1977.

Hornos y Melchor Romero y la séptima formada exclusivamente por Melchor Romero (ver mapa adjunto)

La investigación se introduce en este universo barrial para presentar una visión aproximación de su funcionamiento. En este marco abordamos la localización y descripción de la vida interna de las unidades básicas diseminadas en los barrios, intentando dar a la exposición un tipo de ordenamiento basado en los actores barriales, sus prácticas y representaciones. En particular la ponencia se reduce a la presentación de un el actor : el militante y sus diferentes “tipos”.

II Desarrollo

El militante político puede ser definido como aquel actor que articula prácticas y representaciones políticas con una dimensión personal o , mas ampliamente, de pertenencia social(Martuccelli, Danilo and Svampa, Maristella, 97). En este sentido, vamos a intentar establecer una desagregación que nos permita tener una noción aproximada de la variedad de “tipos”, teniendo en cuenta trayectorias personales y extracciones sociales, que intervinieron en el espacio barrial. Las caracterizaciones intentan ser relacionales, es decir, mantienen una pauta de interacción con el ámbito en el que se desarrollaron a partir de dos grandes orientaciones: hacia el barrio y desde del barrio.

La militancia orientada hacia el barrio

En primer lugar hay que decir que, entendida como categoría nativa⁵, la “militancia”, tanto para aquellos con tradición y experiencia en las agrupaciones políticas del peronismo emergente durante los años de la proscripción, así como para los vecinos del barrio que observaban su accionar entusiasta, designaba a los contingentes de jóvenes estudiantes. Pudiendo ser estos, allegados, simpatizantes o miembros activos de las organizaciones político-militares peronistas y no peronistas, en ebullición en la época en la ciudad de La Plata. Dicho en otros términos, “el militante”, mantuvo cierto rasgo de externalidad, presente en la percepción del los habitantes del barrio. En nuestra zona se trataba de un estudiante universitario o secundario, que rara vez pertenecía al

⁵ Esta noción, elaborada por la antropología social y los estudios etnográfico, resulta útil para nuestra indagación. Como se sabe subraya la importancia de la perspectiva del actor y las determinaciones del contexto para hacer más comprensible el significado que los grupos dan a sus ideas y acciones (Soprano, 2007)

barrio, y en su forma más “pura”, habitaba en el centro de la ciudad y era miembro de la “clase media” platense. Si introducimos aún más la perspectiva nativa, los relatos testimoniales de aquellos que exhibían una dilatada trayectoria en la JP, atribuyen a esta categoría la totalidad de las imposturas o fingimientos que adoptaban los jóvenes estudiantes en sus esfuerzos para mimetizarse con la cotidianeidad barrial. Algunas denominaciones nativas aludían a este esfuerzo adaptativo, muy común en la etapa de expansión, como una “implantación” y a quienes lo practicaban como “paracaídas”.⁶

Estas imposturas, que formaban parte del anecdotario risueño y pasatista de los jóvenes, podían, sin embargo, ser foco de tensiones internas y de rechazo por parte de los habitantes de los barrios tal como surge del relato de la pareja de responsables de un conjunto de unidades básicas JP/M de la sección sexta: “Ellos (los miembros de la JUP) tenían un problema...Yo trabajaba en la cámara de diputados y entonces tenía que ir de saco y corbata. Salía de la cámara y me iba al barrio...Estos chicos venían en auto con zapatos, se ponían las alpargatas y bajaban al barrio y me cuestionaban a mi porque yo andaba de saco y corbata. Ahora, la gente a mi me veía como un igual pero con saco y corbata, pero a ellos no, nunca los vieron como un igual. La gente tiene un olfato” ... “Un compañero me dijo: Ah!, ustedes están con ellos. Porque a nosotros no nos gustaban, me decía, por que llegan a 7 y 526⁷, se sacan los zapatos y se ponen las alpargatas. La gente del barrio los pescó, los vio. Entonces para entrar al barrio me disfrazo de pobre.” (Entrevista del autor: Carlos y Norma C.. A partir de ahora EA)

Otro núcleo de tensión, en una sociedad como la platense con tipos sociales bastantes definidos que se politizaba aceleradamente, estuvo dado en la inversión de los puestos de “autoridad natural” que la novedosa experiencia montonera intentó implementar, no siempre con el éxito esperado. Para los estudiantes, sobre todo los secundarios, ir al barrio era experimentado como una momento muy significativo en tanto suponía un “ascenso” en su carrera de militante. Ahora bien, la distinción estaba rodeada de una serie de obligaciones entre las que destacaba “ponerse a las órdenes”, de un joven, que si bien cumplía con las condiciones requeridas por la organización, ser nativo del barrio, peronista y trabajador, muchas veces presentaba serias falencias formativas y escasa convicción por la causa revolucionaria. Esto último surge del relato

⁶ “Paracaídas” era parte del arsenal crítico que la izquierda no peronista hacía circular entre los jóvenes en proceso de peronización que iban al barrio cumpliendo su experiencia de conversión. Junto con la noción de “implantación” suponía “caer” en el barrio e “imponer” una serie de prácticas e ideas a los habitantes.

⁷ Calles que en esa época marcaban un límite aproximado entre el casco urbano y la periferia en la zona de la sección sexta que comprendía, en este caso, las localidades de Tolosa y Ringuélet

de un estudiante perteneciente a la clase media platense, formado en las aulas y las asambleas del Colegio Nacional y en grupos de estudio autónomos sobre el marxismo que proliferaron en la ciudad. En la percepción de nuestro entrevistado, la experiencia, además de demostrar cierto apresuramiento de los responsables políticos de la organización en las incorporaciones y designación de la conducción de las UB, revelaba, un mal direccionado “odio de clase”: “Cuando me incorpore a la UB, había un grupo de base. La responsable nombra a un pibe que era del barrio, que ya lo habían encuadrado militarmente, tenía un nivel más que yo dentro de la ORGA (por la organización Montoneros). Empecé a ver que el pibe era un flan. Yo y otro pibe éramos de la Facultad. Gente letrada y del centro, con lo cual le caímos medio mal. Hacíamos orden cerrado y nos maltrataba. Utilizaba las mismas técnicas que utilizaba el ejército; había humillación. Le dije: esto no es un entrenamiento, someternos a la humillación de pasar la lengua por el piso, a mi no me va. Bueno, me dice, pero hay que repetirlo. Le digo, voy hacer un informe. Hice el informe, el flaco me sanciona. A los 15 días lo van a buscar porque había afanado guita. Un flan era. Había mucho de eso” (EA-García Lombarid).

Finalmente la renovación política y cultural que el gran entusiasmo de la militancia estudiantil llevaba a los barrios, muchas veces en momentos inadecuados⁸, podía causar confusión entre los vecinos que se acercaban a la exigente propuesta. Concretamente, como nos cuenta un miembro del grupo de base de la UB Evita Montonera (26. Ver mapa), la proyección del film *La Hora de los Hornos*, una de las acciones político-culturales más emblemáticas de los barrios montoneros, corría el riesgo de ser mal interpretada si no se tenía en cuenta un auditorio que, además de tener una escasa formación cinematográfica, le resultaba poco familiar la idea del cine como “una arma política”: “Íbamos a proyectar una película. Un compañero en una cartulina puso: “Todo espectador es un cobarde”⁹ y lo pega. Una compañera del barrio se levantó y se fue. La llamamos y le preguntamos ¿por que te vas?: por lo que pusiste, nos contesta. No, dice el compañero, todo espectador de la historia es un cobarde. La

⁸ P. Asuaje cuenta en su libro y en la entrevista que le hicimos este problema “estructural” en las relaciones barriales entre la militancia y los sectores populares: “Si claro, la gente quería descansar, aunque algunos se enganchaba. Lo que pasó es que eso sí era una limitación nuestra. No entender que la gente estaba en otra cosa, laburando, cansada” (EA-Asuaje).

⁹ Como dijimos la película era “La hora de los Hornos” de F. Solanas y O. Getino. La frase completa “Todo espectador es un cobarde o un traidor”, es de Frantz Fanon y aparece en grandes letras en el film. El militante la recogió de ahí para multiplicar su impacto.

compañera pensó que era por la película. El compañero no lo hizo a propósito, estas cosas se suscitaban” (EA-Hernández).

Esta franja militante aún manteniendo, como dijimos, cierta externalidad, producto de diferencias que aparecían como notorias para quienes los recepcionaban, su forma de vestirse, de hablar, sus rasgos físicos y sobre todo, su mensaje exigente y complejo, pudo, sin embargo, establecer vínculos duraderos y ejercer un fuerte influjo en el universo barrial. Retomaremos estos aspectos desde la perspectiva de los militantes nativos en el próximo punto, pero es necesario destacar que todo aquello dependió, en gran medida, de rasgos personales y “carismáticos”, como es sabido, de difícil transferencia al conjunto. Por otra parte el favorable impacto que las figuras de la conducción, o con importantes niveles de responsabilidad dentro de la organización Montonero, generalmente causaban, solía ser muy reducido en la medida en que su presencia en la UB era conocida sólo por el grupo de base. Sin duda, la figura del combatiente o el guerrillero, agigantada por la muerte en combate, caló hondo en las vocaciones militantes de aquellos que desarrollaron su activismo en los barrios. Existía una especie de pacto que consistía en encontrar el sentido último del esfuerzo militante en el reconocimiento, luego de la muerte, plasmado en el nombre de una UB. Sin embargo estas apreciaciones y aspiraciones, acompañadas muchas veces por dudas y cuestionamientos, se limitaban a los grupos de base y algunos allegados; el conjunto barrial no podía acompañar a tan exigente modelo.

La militancia orientada desde el barrio

Dentro de los anteriores testimonios es posible diferenciar, como lo hacían los protagonistas, al militante “nativo” del estudiantil. Si se mantiene la voz “militante” para este último, en ocasiones podía utilizarse la expresión “activista” para designarlos o simplemente la histórica y más difundida de “compañero”. Los elementos básicos que lo definía eran su identidad peronista, forjada a través de su biografía, el habitar el barrio y su carácter de trabajador, formal o informal. Es posible detectar, al interior de esta militancia barrial nativa, cuatro subgrupos de importancia decreciente, es decir desde un compromiso entendido como “total” a otro concebido como “transitorio”.

En primer lugar los contingentes juveniles, en algunos casos casi adolescentes, con algún tipo de vínculo orgánico con la JP y agrupaciones afines, que desde el barrio

y las UB se incorporaron a Montoneros¹⁰. En segundo término el “referente barrial”; generalmente de edad más madura, fue la figura clave para la apertura de la UB, aunque su relación con Montonero estuvo plagada de equívocos. En tercer lugar el allegado; abarcaba edades variadas y su vínculo con el programa revolucionario, discontinuo y variable, tuvo una base en las relaciones personales con los militantes. Por último el marginal o “lumpen”; jóvenes y poco numerosos, su disciplinamiento e integración a las actividades de las UB, constituyó un verdadero desafío.

a) Jóvenes, peronistas y montoneros

El primer tipo sin duda tuvo una importancia decisiva en la etapa de expansión. Abordaremos su descripción a través de la presentación de dos entrevistados en tanto, entendemos, resumen rasgos característicos de esta militancia.

Oscar A. nació en 1955, su infancia y adolescencia transcurrieron en la zona de quintas y hornos de ladrillos de las afueras de La Plata. En el seno de su familia, “terriblemente humilde” y presidida por una abuela que ostentaba con orgullo los objetos donados por Eva Perón, heredó de su padre y de su tío, trabajador y dirigente gremial del frigorífico Swift, respectivamente, sus inclinaciones peronistas combativas. Este peronismo familiar, autónomo, inorgánico, construido en base a historias fragmentadas, en ausencia de reflexiones y lecturas que dieran cuenta sobre la creciente complejidad del fenómeno¹¹, encontró en Oscar su primera manifestación a los diecisiete años: “Cuando viene Perón en el ’72, yo estaba laburando en una obra. Con un chico dijimos, vamos a verlo a Perón, mi viejo no quería. Yo no iba a ninguna UB, fuimos hasta la estación y nos encanaron. Fuimos por la nuestras, no sabíamos cómo

¹⁰ La militancia con antecedentes en la JP platense, o que podía definirse como revolucionaria tanto por la incorporación de perspectivas marxistas como por su identificación con las organizaciones armadas, presentaba a comienzos del ’73 por lo menos tres camadas. La fundadora de fines de los ’50 y primeros ’60, la refundadora de mediados de los ’60 y la identificada con el activismo partidario y revolucionario de los últimos ’60 y comienzos de los ’70. En el ’73 podríamos hablar de un nuevo contingente. En su mayoría nacidos entre mediados y fines de los ’50, se contaba entre ellos los que tuvieron como puerta de entrada los locales de la JP o la Asociación de la Juventud Peronista ubicados en el centro (La AJP fue agrupamiento de larga trayectoria en la ciudad que logró convertirse en una importante puerta de entrada para los jóvenes a partir de la apertura democrática. Muchos de ellos derivaron, posteriormente, a la JP/M y otros a las organizaciones de derecha como la CNU) o directamente los de las UB, en los barrios. Nuestra descripción se centra en esta última camada.

¹¹ Oscar, que no terminó la educación primaria, reprocha a su padre por lo que siente como una frustración y una limitación a su trayectoria militante. El peronismo resistente del padre evaluó como “gorilas” a las autoridades escolares y decidió no enviar más a sus hijos a la escuela. Esta decisión se combinó con la necesidades económicas familiares y ciertas dificultades, para una familia humilde de periferia platense durante los primeros ’60, en el traslado al establecimiento escolar.

funcionaba el peronismo”. (EA-Oscar). Con la apertura de las primeras UB impulsadas por el PJ platense y dirigidas por “punteros ortodoxos” comenzó la militancia más orgánica del joven Oscar a comienzos del ’73, incorporado a la JP. El contexto conflictivo y revulsivo que se presentó con la apertura política, sin embargo, aceleró su aprendizaje. Dos experiencias se inscriben en esta dirección. Oscar tuvo, por un lado, la posibilidad de ver con toda claridad, en el acto de campaña de febrero del ’73 realizado en la plaza Belgrano de 13 y 40¹², la presencia arrolladora de las organizaciones armadas peronistas y, por otro, palpar cómo, un reducido grupo de decididos militantes montoneros de origen universitario, “meten una cuña” en los barrios y “abre el trabajo territorial”, estableciendo contactos estratégicos en UB afines y en una parroquia con un “cura que era muy piola”¹³. Estos elementos se combinaron con una ruptura generacional, rasgo específico y generalizado de esta camada de militantes barriales, con “la ortodoxia del partido; nosotros éramos todos pendejos y chocábamos con los viejos”, pero que sin embargo, nunca término de extenderse a la figura de Perón.

Oscar, junto a un grupo de amigos, luego de los sucesos de Ezeiza y de una breve evaluación sobre dónde localizar la UB, abrieron la Emilio Maza (2. Ver mapa), en un lugar sin “trabajo político previo”. En un área de influencia muy reducida, “una manzana que estaba rodeada de quintas”, gracias, tanto a su pertenencia social y política, como a un tipo de militancia compatible con la condición de trabajador y basada en la resolución casera de sencillas carencias materiales, los integrantes de la UB Emilio Maza fueron ganando prestigio y confianza entre los vecinos: “Nosotros sin alabanzas, éramos los mejores del barrio, los que más trabajábamos, la gente justamente por eso, creo, que nos ayudaba. La primera tarea fue hacer, en la calle 143, una vereda con escombros. Conseguimos un caballo en una obra en la que yo trabajaba hicimos el alisado y quedó la vereda”. Como era de rutina, el pequeño “grupo de base”, cinco o seis jóvenes de diecisiete a dieciocho años todos del barrio, le fue asignado un “responsable”, que la conducción zonal del Montoneros trasladó desde una UB cercana

¹² Este acto, organizado y controlado por la JP/M, al que asistieron más de 40000 personas, según datos de la prensa local, contó con la presencia, entre otros, de Cámpora y Bidegain. La convocatoria permitió observar la capacidad movilizadora de la fuerzas juveniles locales y su identificación con las organizaciones armadas peronistas. (El Día, 28/2/73)

¹³ Sin embargo, en la zona, la inserción barrial de montoneros, hasta donde nosotros hemos podido indagar, no contó con el apoyo, según muchos trabajos decisivo, por parte de los curas enrolados en el Movimiento del Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM). En la entrevista con Oscar si bien se recoge este vínculo, sin demasiadas proyecciones, se refiere a un sacerdote - “piola en ese momento”- que posteriormente elaboró una crítica visión a toda la experiencia. Otros testimonio dan cuenta de un tipo de participación del movimiento católico limitado al trabajo de asistencia social y, posteriormente, a la protección de algunos militantes perseguidos por la represión de la dictadura.

más consolidada. Entre el conjunto de fuerzas políticas peronistas que operaban a nivel barrial, Oscar y su grupo, mantuvieron relaciones amistosas con los miembros del PJ, pero, tanto por su filiación montonera como por su insolencia juvenil, “hay que reconocer que estábamos pasados de roscas”, tuvo en los sectores vinculados a la dirigencia sindicales, sobre todos en la local Unión Obrera Metalúrgica (UOM), acérrimos enemigos.

La penetración que logró la UB E. Maza, entre los vecinos del barrio, fue capilar. Pero, podemos adelantar, la fuerte dificultad que tuvieron para superar ser considerados como un voluntariado social y que sus iniciativas políticas estuvieran subordinadas a ese rol: “La gente nos tenía tanta confianza que había mamás que iban a laburar y nos dejaban los bebés y los llevamos a vacunar...Nosotros éramos unos perfectos asistentes sociales . Repartíamos y decíamos vos tenés tres chicos y te corresponde tanto de azúcar y tanto de leche”. (EA-Oscar)

La formación política de Oscar estuvo exclusivamente asociada a esta experiencia. Como miembro del grupo de base participó en reuniones semanales, donde se leían y debatían los documentos y la prensa de la organización Montoneros y se sacaban conclusiones en torno a la coyuntura. El aprendizaje de tipo informal, es decir, basado en charlas o discusiones más o menos espontáneas con universitarios o militantes experimentados sobre “teoría revolucionaria” marxista o guevarista, se encontró con diferentes obstáculos: “Yo antes no había leído nada, sólo leí con los compañeros. Había leído *La razón de mi vida*, algo de Marx. Pero nosotros lo hacíamos con la práctica. Al Che no lo leímos...Teníamos un compañero que había estado con El Che y con Massetti, yo tenía diferencias, como buen peronista. Normalmente los compañeros que venía de la línea de la FAEP habían leído mucho a Marx y con Perón eran críticos” (EA-Oscar)

Roberto A. nació en Tucumán a comienzos de los '50 y llegó a La Plata con su familia en 1958. Su padre, un trabajador de la construcción, si bien cultivó una incipiente conciencia crítica al sistema de dominación, impulsó a sus hijos por los ideales del modelo de la movilidad ascendente, apoyando el cumplimiento de la primaria obligatoria. El reconocimiento a Perón y sus planes de integración social fue un eco constante en el ambiente familiar de Roberto, expresado en charlas y reuniones ocasionales de amigos y compañeros de su padre, sin que esto implicara un activismo definido. Hacia fines de los '60 al morir aquel, Roberto pierde ciertas ventajas como trabajar medio día e intentar terminar su educación secundaria. De manera que luego del

servicio militar, el adiestramiento básico en el uso de armas era relevante para quienes iban a comenzar su militancia en el contexto de la radicalización, ingresó de lleno al mundo laboral y al activismo político. En marzo de 1973, recuerda nuestro entrevistado, sin contactos con el partido o las agrupaciones peronistas que florecían, fue convocado a participar en una UB de la zona de Tolosa, lugar por donde él pasaba diariamente rumbo a su trabajo y al que ya habían sido incorporados, compañeros y amigos de la infancia. Este sencillo mecanismo de incorporación, para un joven cuyas convicciones políticas aún no estaban consolidadas, fue eficiente en tanto se desarrolló en los ambientes populares y se valió de una gama amplia de recursos que incluía las actividades orientadas según una estrategia política y las propias de los jóvenes en proceso de maduración.¹⁴ Sin embargo, como sucedió con la mayoría de esta franja de la militancia barrial, los sucesos de Ezeiza fueron para Roberto el verdadero momento de “entrada” al universo de la radicalización: “En Ezeiza, no entendía nada lo que pasaba. Era una cosa de locos ver como disparaban de arriba del palco. Después volvemos y empiezo la preguntar y viene las explicaciones sobre la derecha y la izquierda ” (EA- Roberto). A partir de ahí el trabajo barrial, que se extendió en su caso durante más de dos años, permitió a Roberto cimentar su ascendencia y prestigio como militante. Siendo parte del grupo de base de la UB Capuano Martínez (23. Ver mapa), participó de una amplia gama de actividades que incluyó a otras instituciones del barrio. Su formación, que como en el caso anterior era a tiempo parcial por las obligaciones laborales de estos jóvenes, se basó en la lectura y discusión de los documentos y la prensa partidaria y en una fuerte prescripción hacia una vida ordenada. Sobre todo, subraya nuestro entrevistado, que evitara el consumo de alcohol.

Roberto, particularmente destaca, la importancia que tuvo para la conformación de su vocación militante la presencia de importantes figuras zonales de la organización Montoneros que frecuentaban su connotada UB y la consolidación de un clima horizontal y democrático que él había percibido en sus primeras experiencias: “ Como

¹⁴ Roberto recuerda vivamente las circunstancias, y los motivos, de su primer acercamiento a la UB montonera Capuano Martínez de Tolosa, donde transcurrió la mayor parte de su militancia hasta fines del '75; momento en el que se incorporó “oficialmente” a Montoneros: “Los muchachos de la UB me invitan a un cumpleaños de 15, ahí en el barrio. Pero me dice, nos vemos en la UB y después vamos al cumpleaños. Vos a toda costa me querés enganchar, le dije. En la UB había una reunión en la que estaban hablando sobre un pedacito de terreno que tenían para hacer un centro asistencial. Obras Públicas había entregado material pero no alcanzaba y había que hacer de todo. Daban vueltas sobre eso dos o tres que hablaban y la gente del barrio escuchaba. Yo me acerco a mi amigo y le digo: cuando cobren pongan un peso, armas un libro y van comprando de a poco los materiales. Me amigo me mandan al frente, sin consultar, acá el compañero tiene una moción. Lo expliqué y convocaron a todo el barrio para debatirlo” (EA-Roberto)

se venía trabajando en las reuniones nadie, supuestamente, era jefe. Por ahí uno manejaba más la cosa, tenía más responsabilidades, pero no quería decir que era el dueño” (EA-Roberto).

Podríamos concluir diciendo que a lo largo de todo el proceso, tanto Oscar como Roberto, mantuvieron en alta consideración sus acciones y su convicción por la causa “popular y revolucionaria”, aunque el rescate se centra más en el las conductas de sus grupos de referencia inmediata. En este sentido, es posible afirmar que siempre se percibieron con una mayor “sensibilidad popular” en comparación, no sólo de la entusiasta militancia estudiantil sino, incluso, de los fogueados cuadros montoneros¹⁵. Tal vez, en términos subjetivos, esta autoevaluación estaba impregnada de una inmadura arrogancia y escaso espíritu crítico a los límites revolucionario del peronismo clásico: “nosotros decíamos que éramos los verdaderos peronistas, nosotros teníamos el fuego interior del peronismo”. Pero tuvo algunas pruebas contundentes, percibidas retrospectivamente. En primer lugar, su vínculo con los sectores populares, por ser parte de ellos, se mantuvo a pesar del cambiante proceso; su activismo y presencia barrial continuó, muchas veces en soledad, luego del pasaje a la clandestinidad y el cierre de las UB. Por otro lado fue sobre militantes como Oscar y Roberto, que recayó la tarea de mantener y reconstruir los lazos con las familias y allegados, que en los hechos implicaba al barrio entero, luego de las primeras víctimas de la violencia parapolicial, dirigida, precisamente, a estos sectores. Por último muchos de estos jóvenes, ya como miembros a tiempo completo de Montoneros y en plena dictadura, recibieron el apoyo, que en variadas ocasiones significó salvar la vida, de sus vecinos que los conocían desde niños.

b) El referente barrial: peronistas con seriedad y madurez

Ahora bien la construcción de una extendida red de unidades básicas, además de la relevante presencia de los jóvenes autóctonos, necesitó de otro actor diferenciable. La propuesta debió dotarse de mayor seriedad y madurez, en tanto que muchos de aquellos eran casi adolescente. El paso inicial siempre consistió en contar con la participación del “referente barrial”. Se trataba de un líder social, que en algunos casos fue una mujer,

¹⁵ “Esos militantes tenía contacto fluido con la gente del barrio con mayor predisposición a participar. Pero era difícil que tuvieran el manejo más de fondo. Ahí estábamos nosotros, que éramos de ahí, que conocíamos la historia de cada uno. De la militancia que venía, los del barrio no conocían nada: de dónde venían, que apellido tenían” (EA- Roberto)

con componentes carismáticos, pero también tradicionales, típicamente legitimantes entre los sectores populares: un trabajo reconocido, mejor aún un oficio ejercido con comprobada destreza; responsabilidad en la gestión familiar; una familia numerosa que podía ser útil para las actividades sociales y políticas y antecedentes conocidos en conflictos contra la patronal; sin ser esto último excluyente. Una de las novedades que el proceso de radicalización presentó fue, en gran parte, la activación de estas figuras barriales. Sumidos en la desconfianza y el extrañamiento hacia la actividad política, producto del fracaso de la ideología dominante en el empeño de captar su solidaridad, tuvieron en el “programa rebelde” de JP/M un mecanismo para superar el desencanto y de esta manera, “lo que era indiferente y tolerable se vuelve intolerable” (Ansart, 87-88). Por supuesto, mucha veces la adhesión a dicho programa debió estar acompañada de “incentivos selectivos materiales”. Entre los que se incluyeron la obtención de un puesto de trabajo o la incorporación en un listado de espera que contemplaba la construcción de un complejo de viviendas populares.

Algunos de los testimonio son elocuentes en cuanto a la apoyatura que significó la participación de este actor. Para un joven que hizo sus primeras experiencias de militancia por la zona de Los Hornos, y luego volcó en un libro testimonial (García Lombardi (h), Miguel A., 2005), el funcionamiento era bien claro: “...entonces en muchos lugares había un caudillo, un referente, un puntero que se hacía JP/M... O si no la estructura de la JP/M se armaba buscando el referente y creando la UB y desarrollándola.”(EA-García Lombardi). En forma similar se expresa un militante tolosano que compartió de manera directa su experiencia con uno de estos actores claves: “En general se comenzaba a través del puntero del barrio. Era un referente, entre las mujeres la que tenía más amigas. Era, además, un peronista reconocido. Por ejemplo en la “Capuano Martínez” (23. Ver mapa), el referente era el mismo dueño de la casa donde funcionaba la unidad básica. Un compañero que vivía en la villa, albañil. Todo lo que se quisiera modificar en el barrio pasaba por él. Era joven, pero un poco más grande que nosotros... para entrar al barrio siempre tenías que tener una llave que te abriera la puerta.” (EA-Hernández). Esta última declaración se refiere a una figura sobre la que nos vamos a detener debido a su relevancia en la zona y con la intención de describir su trayectoria como prototipo de esta categoría de “referente barrial”.

Luján “Cacho” A., era un migrante interno de la provincia de Corrientes que llegó a La Plata en el 1963 con veintitrés años de edad como trabajador de la construcción, oficio altamente valorado entre los sectores populares por su

funcionalidad con un objetivo primordial: la vivienda propia. Por otro parte esta funcionalidad se extendía a la pata reivindicativa del proyecto montoneros; un importante contingente de los habitantes barriales que participaron en él, en carácter de allegados o colaboradores, fueron trabajadores de la construcción, muchos, como Cacho, autónomos.

Cacho, había desarrollado una fuerte vocación solidaria y de lucha reivindicativa por su experiencia como delegado en una empresa constructora con más de tres mil trabajadores, coronada con algunos triunfos sobre los fieros patrones de la construcción.¹⁶ De esta manera, sin ninguna afiliación política previa, salvo su condición “natural” de peronista, como su padre un “peronista de la casa nada más”, fue contactado en 1973, “por los compañeros...porque yo era el que conocía más el barrio” (EA-Cacho), para incorporarse a la unidad básica Capuano Martínez que funcionaba en 16 entre 530 y 531 una de las villas de la zona de Tolosa. (23. Ver mapa) Como líder de las tareas de mejoramiento barrial gracias a su oficio, Cacho, comenzó a recorrer la periferia platenses proyectando su figura a nivel local. Así la Capuano Martínez se convirtió en lugar de referencia para la militancia, sobre todo para la estudiantil, porque podían apreciar la calidad de esta experiencia popular. En palabras de Cacho: “...porque esta UB, tuve la suerte, de que fue como una escuela para los militantes. Porque si había un militante de la JUP o de la UES, lo mandaban a la Capuano a militar” (EA-Cacho).

Durante el gobierno de Bidegain, la JP/M, impulsó un proyecto consistente en entregar a sus habitantes aquellas tierras fiscales que ocupaban. Cacho fue designado para tener una entrevista con el gobernador que se frustró por la renuncia de éste en enero del '74. De manera inmediata se lanzó el Movimiento Villero Peronista de La Plata, Berisso y Ensenada presidido por el propio Cacho, que agrupó a las villas Dardo Rocha y el Churrasco en Tolosa y la del Arroyo del Gato en Ringuelet. Luego de unas pocas reuniones esta organización popular con un programa específico, la propiedad de las tierras fiscales y la autoconstrucción a través de la metodología de la movilización permanente, en una posición crecientemente subordinada dentro de la estrategia de JP/M, y sin ningún tipo de apoyo estatal, a pesar de muchos esfuerzos no pudo sostenerse. Para Cacho el desvalimiento de sus miembros explicó en parte la falta de

¹⁶ Las batallas ganadas habían fortalecido el activismo de Cacho. Era conocido entre los que acumularon experiencia política en el período abierto en el '55 que las derrotas en las luchas obreras reivindicativas no sólo traían como consecuencia cárceles, persecuciones y retroceso en los derechos laborales, sino también una caída de la voluntad o vocación solidaria propia de los sectores populares. Contrariamente un ciclo de triunfos generaba un fuerte impulso de estas vocaciones.

continuidad del proyecto. “Lo que pasó fue (que la experiencia se llevo acabo) con toda gente de barrios humildes y toda gente que no tenía mucha escuela. Yo tuve sexto grado...Porque lo intentamos un montón de tiempo, pero la gente era quedaba, medio que tenía miedo de ir a la casa de gobierno, por ejemplo. Toda gente del interior del país, tímida. Costaba un montón” (EA-Cacho).

Para este activista tolosano su experiencia militante significó una época dorada para él y su comunidad barrial, por la variada actividad social y cultural, la riqueza de los contactos con los contingentes estudiantiles; cargados muchas veces de provisiones para realizar multitudinarias comidas. La formación a través de la lectura del *Descamisado* y *Noticias* y las charlas periódicas sobre la realidad argentina y las condiciones de explotación de las clase obrera, así como las relaciones entrañables que estableció con algunos de los dirigentes montoneros más relevantes de la zona, sobre todo durante el comienzo de la dictadura¹⁷, constituyeron para Cacho un verdadero legado. Con muchos “aspirantes”¹⁸ forjó vínculos personales fuera de la actividad militante, gracias a su condición de trabajador autónomo, contratado a muchos de ellos, estudiantes del interior, como peones de albañil, bajo condiciones laborales cuasi paternalistas¹⁹. Por supuesto, el balance también incluye los costos de su activismo radicalizado: detenido en 1977 permaneció en condición de desaparecido durante dos años y pudo escuchar de sus carceleros: “A estos hay que terminarlos a todos para que no enseñen a otros” (EA-Cacho). Al recuperar la libertad el barrio organizó un espontáneo e inolvidable recibimiento que nuestro entrevistado atribuye al agradecimiento por esos años de actividad militante, que no pudo volver a recrear en los años posteriores.

¹⁷ Como afirmamos la trayectoria de Cacho compendia las etapas de toda esta experiencia barrial. Ya desde mediados del '75, y más claramente con el golpe, la actividad pública de las unidades básicas cesó, pero las casas de los militantes barriales, donde algunas de ellas funcionaban, iban a ser parte de la red de seguridad que Montoneros intentó articular ante el avance implacable de la represión. Fue durante este período que nuestro entrevistado estableció fuertes vínculos personales y afectivos con los dirigentes montoneros que se replegaban en el barrios. Sobre el caso de un militante montonero muy conocido de La Plata nos hizo un sentido relato: “Lo que pasa que él venía disfrazado. Yo tenía un bolichito ahí en mi casa, entonces él pasaba y se compraba sus salchichas y su pancito y nos contaba cosas. Lo “secuestré” yo y lo escondí, lo guarde. Cuando yo estaba encanutado (detenido), acá en la brigada siento que dicen. ‘al bocha no lo iban a encontrar nunca, estaba adentro de un monte’. Pero me lo mataron. Lo mataron en un bar de La Loma (zona cercana a Tolosa)” (EA-Cacho).

¹⁸ Esta categoría era ocupada por los jóvenes que militaban en los “frentes de masas” y aspiraban a entrar a la organización luego de una serie de evaluaciones. Existen una serie de trabajos testimoniales que describen este proceso; ver (Robles, Adriana, 2004); (Asuaje, Jorge Pastor, 2004); (Amorín, José, 2005)

¹⁹ Cacho tenía una pequeña empresa constructora en la que participó, como asociado, otro de nuestros entrevistados, con similares características sociopolíticas y una dilatada trayectoria en Montoneros.

Sin embargo el caso de Cacho, si bien no constituyó una excepción, tampoco era una realidad extendida. Los vínculos que se establecían con estos referentes zonales no siempre eran duraderos, en la medida en que las relaciones clientelares, cuya reciente “visibilidad” no debiera borrarlas de épocas signadas por la “lucha de ideas” y los programas políticos revolucionarios, operaban a nivel de los sectores populares: “En la UB Evita Montonera (26. Ver mapa) teníamos del otro lado de la ruta 11, un derecho del peronismo, con el cual tuvimos siempre quilombos. No llegamos al enfrentamiento armado, pero nos sacó el referente que teníamos nosotros, lo compró y se lo llevó a laburar con él... me acuerdo el día que llegó Norma Kennedy a repartir colchones” (EA-José).

Por otro lado un gran número de estos referentes barriales venían con una vasta experiencia dentro del peronismo partidario y con la apertura democrática son los primeros en constituir unidades básicas; algunos antecedentes son del 1971. Un caso que puede ser representativo fue el de Melchor Romero, donde, desde mediados de 1972 funcionaba la UB número uno, según los testimonio, “la primera de la séptima sección electoral”. Todas las menciones a su impulsor lo caracterizan como un típico caudillo peronista “ortodoxo”. Un puntero político, en términos de la teoría clientelar, que evolucionó hacia a la “derecha” cuando las posiciones se polarizaron. Lo particular fue que esta UB funcionó como un centro político abierto a todos los grupos juveniles peronistas de la zona que se congregaron. Con los hechos de Ezeiza de 1973, estos jóvenes, ya agrupados en JP/M se desprenden y constituyen la UB Raúl Obregoso (13. Ver mapa)²⁰.

Sin pretender agotar las diferentes formas que el contacto barrial adoptó, siempre funcionando como referencia o entrada al barrio, éste también podía ser una familia numerosa. Es decir una red de hermanos y primos generalmente jóvenes, que se buscaba articular a través de variadas actividades, aunque en condiciones de inestabilidad. Los testimonios mencionan casos famosos de grupos familiares cuya “cabeza”, el padre o el hermano mayor, mostrando una fuerte vocación de participación, casi siempre exagerado la exposición y de manera inorgánica, lograban dar forma a una

²⁰ Raúl Horacio Obregoso, según nuestros testimonios, era un joven peronista con escasa experiencia en la militancia de la zona de Melchor Romero que concurrió a Ezeiza en junio del '73 y murió asesinado en una de las refriegas. Su muerte tuvo un importante impacto en las fuerzas políticas peronistas platense que organizaron un homenaje con presencia de funcionarios municipales, como el intendente R. Cartier, durante el entierro en el cementerio local. La militancia juvenil de la sección séptima, de la que era oriundo Obregoso, responsabilizó a la burocracia sindical y al núcleo del activismo peronista enemigo declarado de la “patria socialista”, rompió con el líder zonal y puso el nombre del joven asesinado a su unidad básica.

pequeña fuerza. El recurso estratégico que aportaban era la propia casa, que en variadas ocasiones fue el lugar donde funcionaban las UB. El dinamismo y la consistencia de estas redes familiares es de difícil evaluación. Sin embargo, un elemento que puede servir para apreciar su significación, fue haberse constituido en uno de los primeros blancos de la represión parapolicial que se desató en la zona antes del golpe. El ataque a estos referentes familiares de la militancia barrial montonera tuvo cierta sistematicidad, en esta etapa represiva, no exenta de móviles personales asociados a la dinámica de la violencia local²¹. Uno caso emblemático fue el de la familia Chaves. En agosto del '74 fueron secuestrados y asesinados el padre y uno de los hermanos.(Chaves, Gonzalo Leonidas and Lewinger, Jorge Omar, 99).

Un antecedente fue el secuestro y posterior homicidio del obrero de la construcción y joven militante barrial de la zona de Melchor Romero, Francisco Oscar Martínez, en junio de 1974. Debido a que permaneció desaparecido durante tres días, el comando local de la JP, denunció el hecho a través de un comunicado de prensa, interpretándolo como el comienzo, en La Plata, de la escalada que venían sucediéndose, contra esta franja de la militancia, en otros centros urbanos (El Día, 11/6/74). En este caso, su hermano mayor, reaccionó ingresando de lleno a la actividad militante dando inicio a una dilatada trayectoria como allegado y colaborador de Montoneros.

Otro ejemplo de esta estrategia represiva encontramos, hacia fines de 1975, en el ataque a una de las familias locales más reconocidas por su intensa actividad barrial. Los cuatro hermanos Ruda tenían diferentes grados de participación en la UB Astudillo (7. Ver mapa), que funcionaba en su propia casa. Uno de ellos hacía las veces de responsable. Los grupos represivos, en base a un patrón que se repitió durante la etapa consistente en golpear al grupo familiar de manera un tanto indiscriminada, secuestraron y asesinaron a Jorge Rosendo Ruda, alejado de la militancia hacía bastante tiempo.

Diferentes testimonios nos cuentan que estos ataques muchas veces lograron los objetivos que se proponían: apartar a las familias de la actividad militante y enfrentarlas con los jóvenes que seguían operando en el barrio. Este fue el caso, ocurrido a mediados de 1975, en la zona de influencia de la Capuano Martínez, según comentamos, UB montonera conocida por su amplia actividad en Tolosa. Mencionaremos con algún detalle lo sucedido porque nos muestra al barrio convertido en escenario del

²¹ Durante los primeros meses de 1974 tuvieron lugar en la ciudad una serie de muertes de militantes de las agrupaciones juveniles peronistas, de izquierda y derecha, en las que se puede encontrar una dinámica basada en el "golpe por golpe". Con toda probabilidad fue decisión de Montoneros, sus responsable locales, poner fin a esta escalada.

enfrentamiento armado y las distintas repercusiones que se suscitó al interior de los actores de la militancia barrial.

Como parte del objetivo de Montoneros de denunciar la actuación de las Tres A en La Plata se organizaron diferentes acciones . Un miembro de la organización, Rodolfo, dirigió con ese propósito una “volanteada”, tomando como base de operaciones a la UB C. Martínez. Por “razones operativas”, presumiblemente la imposibilidad de contar con un medio de transporte, la acción quedó aislada. En efecto, el militante montonero solicitó a un joven del barrio, Norberto, su moto recién adquirida. Este, que tenía una relación incipiente con el grupo de la UB, luego de algunas dudas aceptó, pero puso como condición ser él quien manejara, mientras Rodolfo lanzaba los panfletos, en un trayecto de varias cuadras por la avenida 532 de Tolosa. Interceptados a mitad de camino por un grupo parapolicial fueron acribillado en pleno centro barrial. El asesinato de Norberto, delegado fabril en un pequeño establecimiento de la zona y con una breve trayectoria como allegado a la UB, provocó una retracción casi definitiva del activismo barrial, que concurrió, no obstante, en forma masiva a su velatorio. La familia del joven, responsabilizó de manera directa a la jefatura de la UB por esta muerte. Según nos cuenta quien era parte de esa jefatura y había desarrollado fuertes vínculos con el joven asesinado y su familia: “Norberto trabaja en la Capuano y era del barrio...Yo me acuerdo que durante mucho tiempo hubo mucho resentimiento de la familia hacia nosotros...que nosotros lo habíamos llevado hacía la muerte. Era un muchacho de veintitrés o veinticuatro años que vivía justo en la zona de la villa. La familia se puso muy mal contra nosotros. Intentamos acercarnos , pero no querían saber nada. Antes había una buena relación con la madre y la hermana que vivían con él...Era un compañero con el que Rodolfo se había vinculado. Había sectores dentro del barrio donde cada militante tenía más acercamiento que con otros. Ese sector (esa familia), justamente, era en el que nosotros trabajábamos” (EA-Roberto A.)²²

c) El allegado y las relaciones política personales

²² Sobre este hecho puede consultarse al archivo de la DIPBA. Allí se encuentran recortes periodísticos sobre el militante montonero cuyo padre era director del periódico regional *Alberdi* de la ciudad de Vedia, provincia de Buenos Aires, con una reconocida trayectoria dentro del peronismo local (Mesa “Ds”. Carpeta Varios. Legajo 3146). Los fuertes vínculos personales y de amistad que se forjaban en el contexto barrial de la militancia por sobre la diferencias sociales tienen , en este caso, un ejemplo extremo que unió a un joven “villero” con un estudiante de familia acomodada en la muerte.

La atención puesta en el caso anterior nos sirve para entrar en otra desagregación que puede hacerse de la categoría “militantes barriales”; también usando una denominación nativa: el allegado. El rasgo específico era el carácter discontinuo de sus intervenciones, muy determinadas por el contenido reivindicativo de las actividades que involucraban generalmente a los grupos familiares; verdadera cantera de allegados. Como ya lo hemos mencionado, la identificación “natural” con el peronismo, permitió su rápida incorporación, en primer término, a la estrategia de movilización de la JP/M por la vuelta de Perón y las elecciones de marzo del ‘73 y , posteriormente, durante el gobierno de Bidegain, al amplio programa reivindicativo que Montoneros trató de impulsar en los barrio. Pero, probablemente, la figura del allegado ganó más especificidad y significación en la etapa que se inició con el “pasaje a la clandestinidad” hacia setiembre de 1974. Podríamos afirmar que, como producto del fenómeno de la radicalización, a partir de esas fechas, las casas y los espacios barriales fueron claves para preservar objetos y personas, actividades en que los allegados cobraron un papel muchas veces decisivo. Estos tenían la prerrogativa de aceptar o no convertirse en custodios de los recursos materiales y humanos de la JP/M. En general, las acciones de este tipo eran comunicadas a aquellos que se evaluaban como los más propensos hacerlo. Ahora bien no estaba claro para la militancia, en general luego de reflexiones autocríticas posteriores a los hechos, que esta propensión descansara en la convicción de los allegados sobre el carácter legítimo del programa revolucionario montonero sino, centralmente, en el afecto, la confianza y el conocimiento directo. Las formas que tuvo esta comprometida intervención política, en un clima de temor y desconfianza, la podemos entrever en el relato que nos hizo una militante estudiantil con un fuerte arraigo familiar y personal en un barrio obrero de la zona de Berisso:

“Una vez había que guardar un mimeógrafo por unos días, antes del golpe, ya cuando no se podía tenerlo en la UB. Un compañero dijo que sí. Con el compromiso de que si lo íbamos a buscar fuera a la noche o a la madrugada, que no lo sacáramos de día. Como eso se guardaron armas. Generalmente eran compañeros con los que teníamos otro nivel de discusión. A veces te pones a pensar la gente que comprometimos y que, por ahí, no sé si era por compromiso político que tenían o era más por una cuestión afectiva. En el caso de las casas para las reuniones hubo gente que nos dijo que sí y gente que nos dijo que no. Concretamente les dijimos que no podíamos reunirnos más en la UB. Entonces nos dicen: ¿la reunión es de ustedes? Le dijimos no, nosotros no vamos a estar. Si es para ustedes, sí, si es para otra gente no, ahí se corto. No obstante,

hubo casos que nos dijeron que sí, sabiendo que venían compañeros que ellos no conocían. Aunque no le íbamos a decir que eran de la conducción militar de montoneros, sí que eran compañeros”. (EA-Larrañaga)

Para lograr una mejor aproximación a la figura de allegado analizaremos una entrevista realizada, por nosotros, a uno de ellos. La particular trayectoria de Osvaldo “Tito” M., tal vez excepcional en alguno de sus tramos en la medida en que llegó a ser “periférico” de Montoneros, nos revela la importancia que cobraron los allegados en el contexto de la radicalización. Los fuertes vínculos personales, en el caso de Tito hoy perdurables, que establecieron con los jóvenes radicalizados explican, en gran medida, el haberse mantenido activos a lo largo de todo el proceso.

Tito, nacido a fines de la década del treinta, conoció de manera directa el peronismo fundacional. Su infancia y parte de su adolescencia quedaron marcadas por el programa reivindicativo de Perón y Eva Perón, evaluado por Tito a la medida de su condición social, incorporando e integrando institucionalmente sus actividades juveniles: “Todos fuimos peronistas (se refiere a su contexto familiar y barrial). Fui pobre toda la vida y ¿qué podía ser? Yo jugaba al fútbol en los campeonatos Evita. Nosotros en un juvenil acá en La Plata, salimos segundos. Fue con los primeros zapatos de fútbol que estrené. Me los regaló Aloé. Nos llevó a todos la señorita de segundo grado” (EA-Tito). Sin embargo, su militancia política, no comenzó sino hasta mediados de los '70. Tal vez pueda afirmarse que operó en él esa condición peronista que puede caracterizarse como más integrativa y que la dinámica de la radicalización, con sus agentes juveniles y sus hechos disruptivos, impulsaron hacia un activismo decidido:

“Yo no entré con la resistencia, nada que ver. A mi hermano la militancia siempre le gustó más. Yo entré por mi hermano, que militaba en la Quispe (10. Ver mapa). Entré después de que él cayó. Porque él cayó. Tenía tanta rabia por lo que le había pasado a mi hermano” (EA-Tito).

Decidido a una participación más activa desde mediados del '74 luego del asesinato de su hermano, Tito, mantuvo durante todo el proceso, incluso en los años de mayor represión, un rasgo, que caracterizaba al colaborador o allegado: la no ruptura con sus lazos laborales y de pertenencia familiar y barrial. Para gran parte de los sectores populares, la asunción del programa montonero y las condiciones de la vida clandestina que supuso, representaron una barrera difícil de superar. Dejar el trabajo y abandonar la casa propia eran exigencias sistemáticamente rechazadas por militantes como Tito: “...era bravo, yo me acuerdo que anduve mucho y estoy porque será el

destino de Dios que no me pasó nada. Yo no tendría que estar acá, tendría que haberme ido y sin embargo me quedé. Vinieron y me dijeron que me vaya ¿y adónde iba ir?, con los bolsillos vacíos...La responsable me dijo, le digo no yo no me voy, que me maten...pero no me voy de acá; me quedo en mi casa... (Además) yo trabajaba en la municipalidad, firmaba la entrada y la salida, pero nadie sospechaba que yo estaba adentro” (EA- Tito). Ese aferrarse a las condiciones primarias, sociales y políticas, es evaluada, si bien retrospectivamente aunque puede suponerse que también de forma contemporánea a los hechos, como un inesperado mecanismo de seguridad. Tito se sintió protegido por ser un viejo vecino del barrio, pero sobre todo, y en parte gracias a eso, porque fue diferenciado de quienes, cercanos a él, no eran reconocidos como iguales: “a mi me salvo además la gente de acá, era toda conocida y sabía que yo en cosas raras no andaba y me quería mucho...Se luchó para traerlo (a Perón)...Está bien, se cometieron cosas. Yo no le saco que no hemos hecho nada. También así nos mataron, nos mataron a nuestros hijos, te mataban a los chicos” (EA-Martínez).

Tito en su balance sobre aquella experiencia, signada por el sufrimiento debido a la pérdida de compañeros, el dolor de sus padres por la muerte del hermano y el deterioro de su propia esposa que lo acompañó en la comprometida tarea de protección de los jóvenes perseguidos, rescata, sin embargo aspectos de su aprendizaje político. En primer lugar reconoce, al momento de su incorporación, su total ignorancia sobre las prácticas política y el rápido aprendizaje que supuso el contacto con los jóvenes, presente en un vocabulario, tal vez irremediabilmente perdido: “Yo todo lo aprendí con ellos: las citas de seguridad...los operativos...manejar un revólver...los trabajos a la tardecita en la UB...Se leían algunos documentos que bajaban, documentos que traían los responsables”. (EA-Martínez). En efecto, nuestro entrevistado no iba a poder reactualizar estas experiencias, a pesar de algunos intentos fallidos durante los años '90 “Lo único que trabajé fue un poquito con Menem...pero al final nos engañó...No, nada que ver con esa experiencia. Todo lo anterior quedó grabado para mí (EA-Tito)

c) Lúmpenes y barras bravas

Podemos finalmente mencionar, como en toda actividad política en su etapa de crecimiento y conflicto, y más claramente entre los sectores populares, la figura del “lumpen”. Se trató de un actor bastante conocido en los clásicos análisis de ascenso de la lucha clases. Si bien en esos años es evocado por su pintoresquismo, su análisis nos

permite algunas reflexiones. Desde nuestras intenciones la figura puede servir para dar cuenta de una evaluación global que un sector de la militancia peronista revolucionaria hacía sobre los componentes de la población barrial que abastecieron la “explosiva” movilización que aglutinó la JP/M a comienzos del ‘73.

Siguiendo los testimonios, en Berisso, se dio un hecho único en la zona que permite establecer comparaciones y contar con una perspectiva crítica proveniente de los propios grupos radicalizados: el trabajo conjunto de JP/M y las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de base (FAP/PB) en el barrio obrero Juan B. Justo. Para un dirigente de extensa trayectoria en las FAP/PB, la contundencia de la propuesta “poco seria” pero de innegable impacto masivo de la JP/M se explica en parte porque: “Muchas veces cuando aparece algo nuevo el primero que aparece es el más oportunista. Para los más jóvenes; peronismo, movilización, fierros, todo era atractivo. Algunas construcciones de la JP eran con lo menos serio del barrio, lo menos jerarquizado. Pero juntar gente juntaban igual. La vagancia del barrio se prendía, se iba a la política.” (EA-Cieza)²³ Indudablemente el carácter masivo de la experiencia hacia probable la incorporación poco selectiva pero además, esta declaración, recoge un elemento, atribuible a esta franja de la radicalización. Los jóvenes peronistas movilizados de los barrios platenses se identificaron también con una tradición del peronismo que muchos analistas destacan: su carácter festivo e iconoclasta.

Emergente de ese universo, el lumpen, poseía un rasgo que lo identificaba, en esos años de pleno empleo: la notoria falta de una ocupación conocida o más o menos regular. Según la descripción de una militante de las FAP de Berisso: “Era el único que no trabajaba. Viste era como que estaba muy identificado, el vago el que no laburaba, comparando con hoy que la mayoría no trabaja” (AE-Celina). El otro elemento eran las condiciones de desorganización familiar en las que muchos de estos pobladores barriales se encontraban. Si bien la convivencia con muchos de ellos en los reducidos espacios barriales tuvo momentos de tensión, que fueron aumentando a medida que creció el aislamiento y la persecución, el control y la integración de estos sectores al proyecto revolucionario fue un objetivo posible y deseable. Esta posibilidad creció durante los procesos electorales. La JP/M incorporó a las campañas electorales del '73 a

²³ El trabajo del dirigente de las FAR C. Flaskamp analiza el papel que jugaron estos componentes, precisamente en la zona de Berisso y Ensenada, en el momento de la unificación de FAR y Montoneros (Flaskamp, Carlos, 2002).

algunos de los miembros de la “barra brava” de uno de los clubes de fútbol más importantes de la ciudad.

Pero hacia mediados del ‘75 el prestigio de la JP fue decreciendo. Podríamos afirmar que en la percepción de los sectores marginados, el alejamiento del peronismo le restaba capacidad de prestación y algunos de ellos comenzaron a ser agresivos con los jóvenes. Estos, a su vez, orientaban sus esfuerzos en otras direcciones, como la fábricas o el “combate urbano” y aplicaban criterios más selectivos de incorporación.²⁴

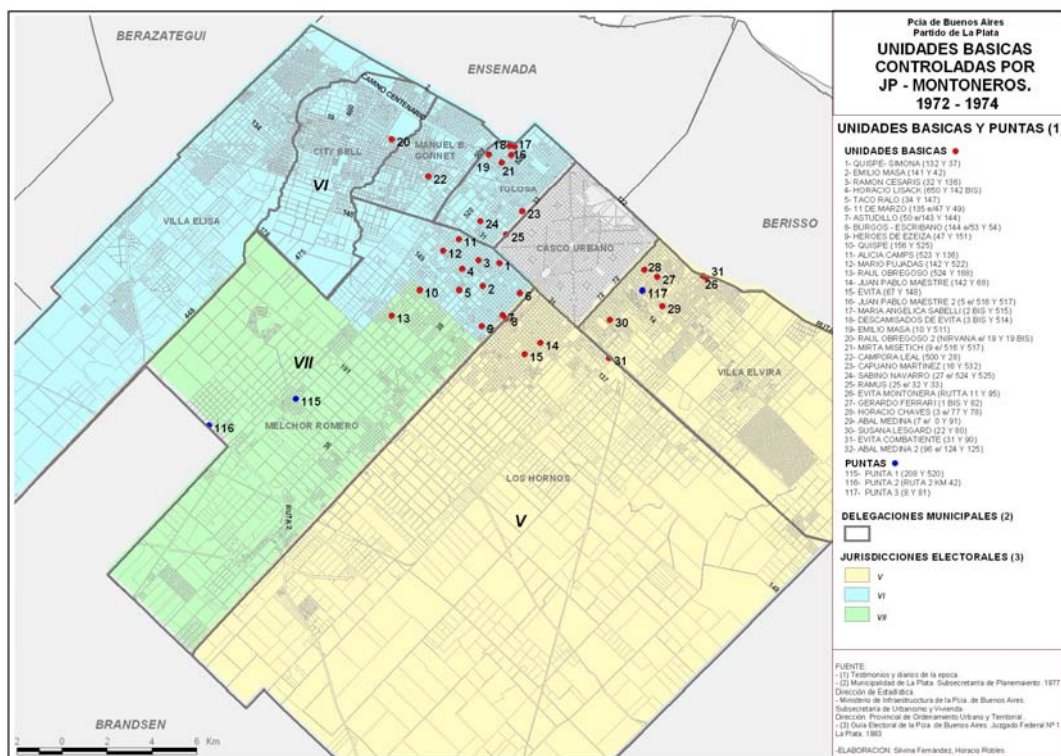
Comentarios finales

Esta aproximación a las distintas formas que adoptó la militancia barrial montonera se inserta en un cuadro mayor que podemos denominar como el “universo de sentido” que busco implementar Montoneros, en este caso, en la periferia platense durante los ‘70. Este universo tuvo dos dimensiones, al las que sólo hemos hecho breves referencias en este trabajo. Una derivada de los procesos de radicalización que apuntaban a la instalación del socialismo en la Argentina a través de la lucha armada. La otra, concreta y operante, buscaba proveer de recursos, humanos y materiales, para aquellos objetivos. En ese sentido, los barrios fueron un importante ámbito de difusión de los contenidos de la radicalización, una fuente de movilización y reclutamiento y, posteriormente, a medida que la represión estatal avanzó, proveyeron de cierto refugio a los militantes perseguidos.

Ahora bien desde el punto de vista de los actores militantes, este acercamiento a los sectores populares, sin bien reducido en el tiempo y arrasado, luego, por la violencia represora, adoleció de límites concretos. Muchos de los jóvenes estudiantes no lograron establecer el verdadera sentido de su acción militante. Los militante nativos, altamente considerados por sus vecinos, no alcanzaron la madurez política necesaria. Por último el nivel de compromiso de las “masas”, representadas en las figura del referente, los allegados y los grupos “marginales”, fue muy cambiante. Podríamos decir que

²⁴ El siguiente testimonio de una joven militante de la JP/M de la zona de Los Hornos, cuyo origen social la acercaba a esta franja bajo análisis, nos brinda una síntesis de todo lo dicho y deja entrever una corriente de hostilidad que se fue consolidando al final del proceso: “Teníamos el típico lumpen del barrio que siempre estaba con el que tuvimos bastante resistencia. Pasábamos y nos tiraba piedras, nos decía Montoneros. Era una familia, que vivían en una casita que no tenían nada, no laburaban, no hacía nada. La mujer tenía como 10 hijos y los tenía en la zanja. Eran los mal vistos del barrio. Lo que hicimos fue neutralizarlos. Si iban en las movilizaciones tenían un pedo bárbaro, iban, se sumaban, porque era el único lugar donde no eran discriminados. Después había como un respecto y fuimos controlando. Nosotros éramos los únicos que les decíamos ‘ché pará’ y nos escuchaban. En este sentidos los conteníamos. Pero en una época nos tiraban piedras, nos decían: “Ché montoneros váyanse”. Por más que vos intentaras explicarles, que tampoco nos gastábamos demasiado en la explicación.” (EA-Norma B).

dependió, en un primer momento del grado de identificación con el peronismo y, luego de la ruptura, de los vínculos personales, basados en el ejemplo, que se establecían con los jóvenes revolucionarios.



Bibliografía

1. Alabarces, P., & Rodríguez, M. G. (1996). *Cuestión de pelotas. Fútbol/deporte/sociedad/cultura*. Buenos Aires: Atuel.
2. Amorín, J. (2005). *Montonero: la buena historia*. Buenos Aires: Catálogos.
3. Anguita, E., & Caparrós, M. (1997). *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*. Buenos Aires : Norma.
4. Asuaje, J. P. (2004). *Por algo habra sido. El fútbol, el amor y la guerra* . Buenos Aires: Nuestra América.
5. Chaves, G. L., & Lewinger, J. O. (1999). *Los del 73. Memoria Montonera* .

Buenos Aires: De la Campana .

6. Flaskamp, C. (2002). *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*. Lanús. Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos.
7. García Lombardi (h), M. A. (2005). *Imberbes*. La Plata: La Comuna.
8. Hall, S. (1984). "Notas sobre la deconstrucción de lo popular". En R. Samuel (comp), *Historia popular y teoría socialista* . Barcelona: Grijalbo.
9. Hoggart, R. (1990). *La cultura obrera en las sociedades de masas*. Barcelona : Grijalbo.
10. Martuccelli, D., & Svampa, M. (1997). *La Plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires: Losada.
11. Moraña, M. (1998). "El boom del subalterno". En S. Castro-Gomez, & E. Mendieta *Teoría sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. México: Porrúa.
12. Nievas, F. (1999). "Cámpora: Primavera-Otoño. Las Tomas". en A. Pucciarelli (Editor), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en los tiempos del GAN* . Buenos Aires: Eudeba.
13. Pollastri, S. (2004). *Las violetas del paraíso. Una historia montonera* . Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto.
14. Robles, A. (2004). *Perejiles. Los otros montoneros*. Buenos Aires: Colihue.
15. Salas, E. (2007). "El errático rumbo de la vanguardia montonera" . *Lucha Armada Nro. 8*.
16. Soprano, G. (2007). "La vocación kantiana de la antropología social. Ensayo sobre el diálogo etnográfico entre las categorías nativas y las categorías científicas del conocimiento social en el estudio de la política". En E. Rinesi, & G. Soprano (Compiladores), *Facultades alteradas. Actualidad de El conflicto de las facultades de Immanuel Kant* . Buenos Aires: Prometeo Libros.

17. Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

Diarios y revistas

El Día, 1972/75

El Argentino 1972/73

El Descamisado

Entrevistas del autor

Gonzalo Chaves, La Plata, 2005

Hugo Bacci, La Plata, 2005

Babi Práxedes Molina, La Plata, 2006

Roberto K. , La Plata, 2006

Guillermo C. La Plata, 2006

Jorge Pastor Asuaje, La Plata,2006

Oscar A., La Plata ,2006

Norma B, La Plata ,2006

Marcelo M., La Plata ,2006

Celina R. La Plata ,2006

Miguel Angel, García Lombardi, La Plata, 2006

Hugo G., La Plata ,2006

Marta, S., La Plata, 2006

Daniel I., La Plata ,2007

Daniel C. , La Plata, 2007

Julio R. , La Plata, 2007

Carlos Kunkel, Buenos Aires,2007

Carlos y Norma, La Plata, 2007

Roberto, A, La Plata, 2007

Cacho. A, La Plata 2007

José, H., La Plata, 2007

Tito, La Plata, 2007